

Emilio Carballido, un veracruzano universal

Aunque muchos sabían de la delicada salud de Emilio Carballido, nadie esperaba su muerte. Sus lectores y admiradores esperaban verlo mejorar. Por desgracia, a los 82 años de edad, el dramaturgo, narrador, crítico y guionista cinematográfico mexicano Emilio Carballido falleció en la ciudad de Xalapa a causa de un paro respiratorio. Poco antes se había encontrado con Fidel Herrera, gobernador de su estado natal para ver la manera en que le entregaría su biblioteca personal a Veracruz.

Emilio Carballido (1925, Córdoba, Veracruz), no solamente fue un extraordinario dramaturgo, fue también un narrador, un autor de relatos memorables y un guionista de primera línea. Su paso por la vida fue fructífero, positivo desde cualquier perspectiva. A lo largo de su trayectoria se dedicó al teatro y a la literatura en amplio sentido. De su pluma salieron obras memorables como *Un pequeño día de ira* (1961), *Rosalba y los llaveros*, (1950), *¡Silencio pollos pelones, ya les van a echar su maíz!* (1963), *Te juro, Juana, que te tengo ganas* (1965), *Yo también hablo de la Rosa* (1965), *Acapulco los lunes* (1969), *Las cartas de Mozart* (1974) y *Rosa de dos aromas* (1986).

También incursionó con algunas obras de teatro infantil como *El manto terrestre*, *Las lámparas del cielo y la tierra*, *Dar es a todo dar* y *Apolonio y Bodoconio*, pieza para títeres.

Como narrador escribió *Norte*, *La veleta oxidada*, *Las visitaciones del diablo*, *Lili*, *La caja vacía*... Obras todas de un enorme talento literario. Al parecer, sólo Rafael Solana incursionó con idéntica habilidad y éxito en dos géneros complejos como la prosa narrativa y el teatro.

De igual forma, desarrolló una prolífica carrera cinematográfica con la elaboración de guiones y argumentos. En 1972 recibió dos Arieles por el argumento y guión de *El águila descalza*, de Alfonso Arau. También se hizo merecedor al Ariel de Oro por su trayectoria en más de 50 películas.

Algunas de sus piezas son materiales indispensables en las escuelas de teatro, como las que conforman la colección D.F. 26 obras en un acto, una serie de montajes, a manera de sketches, que con humor, sencillez y una brevedad virtuosa, obligan a pensar en el comportamiento autodestructivo de la sociedad mexicana dentro de la cotidianidad urbana. María Teresa Franco, directora general del INBA, explicó: "Carballido fue un buscador empedernido de historias, escribió sobre la pobreza y la marginación, pero no con pesimismo o desde un afán aleccionador, sino que sus obras nos invitan a la risa pero también a la reflexión profunda, permitiéndonos, como espectadores, descubrirnos a través de la sorpresa. No olvidemos que se dio a conocer como dramaturgo en el Palacio de Bellas Artes, donde estrenó su obra *Rosalía y los llaveros* en 1950, bajo la dirección de Salvador Novo. También fue director de Teatro del INBA y director de la Escuela de Arte Teatral; sin contar las múltiples obras que se presentaron en nuestros teatros", concluyó la funcionaria.

Emilio Carballido nació en Córdoba, Veracruz, el 22 de mayo de 1925 y estudió Letras Inglesas y la maestría en Letras en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), donde fue alumno de Rodolfo Usigli, Xavier Villaurrutia y Celestino Gorostiza. Tuvo, entre otros compañeros, a Rosario Castellanos, Luisa Josefina Hernández y Sergio Magaña.

Su vasta obra incluye cuentos, novelas, más de cien obras de teatro y más de cincuenta guiones para cine.

Consciente de los conflictos sociales, Carballido estructuró su teatro a partir fundamentalmente de incidentes reales, aunque se defendía manifestando que algunas de sus obras tuvieron su origen en el ensueño. En su obra, el conflicto entre la realidad y el deseo, entre lo vivido y lo soñado, se tradujo primero en el papel y luego en el escenario.

En su afán por entregar teatro de calidad, que fuera más allá de lo didáctico e invitara a la reflexión, realizó piezas sobre personajes históricos como *Tiempo de ladrones*, basada en la vida de "Chucho el roto", *Cantata a Hidalgo* y *El álbum de María Ignacia*, sobre la vida de la emperatriz Carlota de Habsburgo.

Como dramaturgo, apostó no sólo a montar sus obras en los grandes recintos con directores reconocidos, sino que también trabajó con jóvenes directores y compañías de teatro independiente, al igual que con compañías de pueblos indígenas.

Gran admirador del teatro clásico, tanto universal como hispánico. Carballido defendió la vigencia e importancia de las obras de Sor Juana Inés de la Cruz, Celestino Gorostiza, Calderón de la Barca y Fernández de Lizardi.

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

HOMENAJE A EMILIO CARBALLIDO

Como funcionario, Carballido fue también director de teatro de la UNAM, de la Universidad Autónoma Metropolitana y de la Universidad Veracruzana, donde fundó y dirigió la revista *Tramoya*, una de las publicaciones especializadas en el arte teatral, de mayor prestigio.

Carballido fue parte de una estirpe veracruzana muy importante, a la que también pertenecen Sergio Pitol, Jorge López Páez, Sergio Galindo y Juan Vicente Melo. Más allá de sus coterráneos, Emilio fue un gran amigo de la perseguida y acosada Elena Garro, una amistad sólida que jamás los enemigos de la narradora y también dramaturga lograron romper. Cuando la SOGEM de José María Fernández Unsaín hizo los preparativos para que Elena regresara a México luego de un largo, eterno, exilio, Emilio Carballido y Rosario Casco Montoya fueron por ella a París.

Entre sus premios y reconocimientos más importantes están el Premio Nacional de Lingüística y Literatura en 1996, y el Premio Casa de las Américas de Cuba. De igual manera, recibió becas del Instituto Rockefeller y del Centro Mexicano de Escritores; fue creador emérito del Sistema Nacional de Creadores de Arte del FONCA, miembro de la Academia Mexicana de la Lengua desde 1976, y de la Academia Mexicana de las Artes desde 2002.

"La mejor obra que he escrito es siempre la más reciente", afirmó Carballido cuando tenía 80 años de edad, cuando también agregó que: "la vida es para mí una ilusión, un frenesí, un sueño, y los sueños, sueños son, como decía Pedro Calderón de la Barca y dice un servidor."

Fue becario del Centro Mexicano de Escritores en dos ocasiones, recibió una larga serie de premios, homenajes, becas y reconocimientos nacionales y extranjeros por sus cuentos, relatos para niños, novelas, obras de teatro, guiones cinematográficos. La lista de sus publicaciones es inmensa, casi imposible de citar, fue, pues, un autor prolífico, un hombre enamorado pasionalmente de las letras.

Carballido fue respetado y querido, admirado. Muchos fueron los testimonios y las críticas que sus contemporáneos dejaron sobre su trabajo y su vida. El gobernador de Veracruz, Fidel Herrera Beltrán, hizo un cálido elogio de uno de los más distinguidos intelectuales veracruzanos que mucho prestigio a la nación. Junto con Rodolfo Usigli, Salvador Novo, Héctor Azar, Luis G. Basurto, Sergio Magaña, Hugo Argüelles y Rafael Solana (estos últimos asimismo veracruzanos), Elena Garro, su querida amiga, Emilio Carballido le dio lustre al teatro mexicano y enriqueció la cultura nacional. Dijo el gobernador de Veracruz, Fidel Herrera, que la muerte del dramaturgo era una enorme y sensible pérdida. El estado lo lamenta y asimismo el país. Se trata de uno de los mayores escritores de México, un hombre generoso y un amigo excepcional. Por último, el gobernador de Veracruz dijo que Veracruz le haría más de un reconocimiento y homenajes por su distinguida labor artística.

El Búho

Los inicios de Emilio Carballido por él mismo

Entrevista de Luz García Martínez

Luz García Martínez: ¿Cuáles fueron las lecturas que lo acompañaron en su infancia?

Emilio Carballido: Leía a Emilio Salgari, un autor espléndidamente simpático, me acabé los Sandokan, Los piratas de la Malasia, El capitán Tormenta y algunos otros de su colección

que había en español; fue mi serie favorita, pero me faltaban muchos libros, estaba impaciente porque no conseguía las obras completas, muchos años después publicaron la serie en Universidad, ¡imagínate, ya muy tarde!

LGM: ¿Por qué considera a Emilio Salgari espléndidamente simpático?

EC: Porque fue un hombre marino y aventurero que conoció y recorrió los lugares sobre los cuales escribió, ade-



Emilio Carballido

Fotografía propiedad del Museo del escritor

más fue un amante del Tercer Mundo y un anticolonialista. También leía novelas policíacas y de aventuras, leía a Julio Verne, a Maurice Le Blanc, a Agatha Christie y yo ya escribía en ese tiempo y publicaba en las revistas. De los libros que había en la casa me encantaba *El fantasma de la ópera*, de Gastón Leroux, una novela preciosa con un gran humor, así como su obra *Balao*, la historia de un orangután que habla y está enamorado del personaje femenino de la novela y quiere matar a sus galanes y es la anticipación del personaje de King Kong, porque hay una escena donde el gorila está en la cumbre de una torre mientras es acosado con todas las armas de la época.

LGM: ¿Y los clásicos?

EC: Los clásicos los empecé a leer más tarde: *El Quijote*, *La Iliada* y *La Odisea* para niños y las obras de Shakespeare narradas como cuentos. Tenía unos tíos que contaban con una biblioteca muy buena y pasaba temporadas con ellos en su casa, leyendo todo, claro que también leía cuanto libro prohibido había.

LGM: ¿Cuáles eran esos libros prohibidos, maestro?

EC: Los *Pardallán* de Miguel Zévaco que cuenta de historias de Francia sobre Catalina de Medicis. Los *Pardallán* son unos caballeros viejos, padre e hijos, y luego sigue todavía el nieto, que es hijo de *Pardallán* y de *Fausta*, la villana; eran libros muy divertidos, quién sabe por qué mi mamá decía que no los podíamos leer. Entonces los niños leíamos a escondidas los 22 tomos, recuerdo que aprendí a leer muy aprisa –sonríe. ¡Uy, me los fumaba!, los acabé y los leía otra vez, pero ya me había aburrido de leer en el rincón y le dije a mi madre: “¿Por qué no puedo leer *Los Pardallán*?”, a lo cual respondió: “Porque no estás en edad” y yo le contesté: “Si es por esta y esta escena, ya las leí todas...”

Recuerdo que mi madre se puso tensa y me dijo: “¡Ah qué bonito, ya las leíste, vaya!” No sabía qué hacer la pobre, fue la primera vez que hice un acto de desafío tan notable, y en vista de que no sabía qué decir, abrí el cajón prohibido, me senté frente a ella y me puse a leer el tomo uno otra vez. Se quedó muda y se lo fue a contar a mi abuela quien viéndola con resignación le dijo: “¡Pues déjalo ya, qué le vamos a hacer, ya los leyó Emilio!”

LGM: ¿Y cuál era ese rincón donde leía?

EC: Pues era una casa de vecindad en Santo Domingo, dividida por cancelos de madera, éramos muy pobres.

LGM: Ese México urbano que se gestaba en aquél tiempo, ¿cómo lo ve ahora Emilio Carballido?

EC: Destruyeron las calles que van del Zócalo a San Antonio Abad, toda esa zona maravillosa, esa avenida, la avenida más imbécil del mundo, 20 de noviembre, que no se de quién fue idea, acabaron con toda esa parte. Luego vino esa bestia que se llamaba con muchas “ues” a tumbar Pino Suárez y a destruir la ciudad de México, ¡la han destruido horrorosamente! Reforma, que también era una avenida muy bella, se la acabaron. En fin, concluyeron varias épocas, eso es muy triste. También eran bellas las calles de 15 de septiembre y Madero, las recuerdo mucho... La primera vez que fui a Madrid me dio como susto reconocer el México de antes en varios lugares de esa ciudad.

LGM: ¿Estuvo mucho tiempo en Europa?

EC: He viajado por Europa, pero he estado más tiempo en Francia que es un país con la mejor cultura del mundo, los mejores museos y uno de los mejores teatros del mundo. París es una ciudad muy bella que han sabido conservar maravillosamente.

LGM: ¿Qué es el teatro, simulacro del tiempo, espejo de la vida, inquietud, poesía vivencial?

EC: Pues todo eso que dices y más... - Entonces se interrumpe la conversación porque recibe una llamada del poeta Homero Aridjis, la cual contesta Carballido rápidamente y le dice: “Homero, tengo que cortar porque estoy en una entrevista...” y al terminar me dice: ¿de qué hablábamos?

LGM: ¿Cómo surge su pasión por el arte teatral?

EC: Muy naturalmente descubrí que tenía más facilidad para escribir teatro que otras cosas. De niño, aparte de las lecturas que te mencioné, leí unos libros argentinos que se llaman *Teatro para leer*; y cuando tenía 13 años descubrí las obras de Xavier Villaurrutia, uno de los primeros autores mexicanos que leí. Leyéndolo aprendí el sistema de cómo escribir teatro.

LGM: De hecho, usted tuvo mucha relación con Los Contemporáneos..

EC: ¡Por supuesto, fueron mis maestros!

LGM: ¿Cómo conoce a Salvador Novo y qué experiencias le deja este encuentro?

EC: La experiencia de Salvador Novo es una carambola que he contado muchas veces. Estrené una obra en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, La Triple Porfia, obra que el maestro Fernando Torre Laphan me pidió para utilizarla con sus alumnos en los exámenes de actuación de la Escuela de Arte Teatral. Cierta vez, Socorro Avelar invitó al maestro Salvador Novo a verla, le gustó mucho y me la pidió para publicarla en México en la Cultura, gran suplemento cultural de aquellos años. Poco después, cuando vino el Festival Internacional en Bellas Artes, Novo quería poner una comedia de una persona joven, me mandó buscar y le entregué Rosalba y los Llaveros, ésa fue la carambola, le gustó mucho la comedia y la hizo con un cariño y un entusiasmo inmensos.

* Fragmento de una de las últimas entrevistas que le hicieron al dramaturgo. Aparecerá completa en el siguiente número.

Cubilete*

EMILIO CARBALLIDO

A Fernando Benítez

...tus minas el palacio del Rey de Oros.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

Como el ropero rechinaba roncamente al abrirlo, la esposa se dio cuenta de lo que Mario estaba haciendo.

–¿Es el dinero del gasto!

–Te lo voy a traer al mediodía.

–¿Y cómo piensas que vamos a comer hoy? Es lo único que tengo.

Él asía aquel billete con la punta de los dedos, jugaba con él un poco y la miraba:

–Es que no tengo un centavo en la bolsa. Y siempre hay que pagar algo...

–¿Y cómo piensas que vamos a comer hoy?

–Que la comadre te preste, ¿no?

–Le debo ya treintaicinco pesos. Esgrimía el cucharón como si fuera un arma, y estaba tensa, en actitud de asalto. Así se vieron unos segundos. Luego, una corriente de apatía pareció circularle por las venas; despacio, fue a sentarse en el filo

de la cama revuelta y vio hacia la pared con un gesto que borraba de la pieza y del mundo a Mario y sus acciones. “Qué fatigada estoy, haz lo que quieras”, parecía decir ese gesto. Mario había vencido una vez más.

Él vaciló un segundo y después se guardó aquel billete en la bolsa. Sonrió muy ampliamente, con su cálida simpatía que nunca había perdido.

–No se enoje, mi vieja. Nos vamos a comer a un restorán, ¿eh? A ver si ya estás lista cuando yo llegue.

La esposa lo miró con escepticismo. Tal vez llegara y tal vez no, tal vez consiguiera dinero y tal vez no, y bien podía volver hasta la noche, o al día siguiente, porque así se portaba desde que andaba metido en la política. “Le pediré prestado a mi mamá”, pensó, y una cólera oscura la hizo apretar los dientes.

–Vamos a estar vestidos y sentados esperándote, aquí, sin comer, hasta la hora que llegues. A ver si nos dejas en ayunas–, mintió.

Él la besó, contento porque ya no había lucha. Se vio al espejo, pulcro, casi elegante, con su traje de dril muy bien planchado; ensayó una sonrisa, ensayó dos o tres expresiones faciales: se aprobó; la imagen respiraba prosperidad y confianza en sí mismo. Dio otro beso a la esposa y apresuradamente se marchó a la calle. Tuvo tiempo de oír el grito.

–¡Ya lo oíste: sentados en la sala, y vestidos para salir, y sin comer, hasta que llegues!

–Ya oí, mujer, ya.

Alcanzó a llegarle el rezongo final:

–¡Maldita sea la hora en que te metiste en la política!

Cerró la puerta con cuidado y de un salto subió al tranvía que pasaba.

Cuando se bajó en la Plaza de Armas ya calentaba el sol. “Va a ser un día tremendo.” Cada portal mandaba desde el techo un rumor de aspas furiosas, y el mar soltaba brisas de vez en cuando, pero eso no era nada contra aquel vaho de horno que empezaba a subir del asfalto. Y apenas eran las 10 de la mañana.

En el portal del “Diligencias” ya estaban todos instalados. Mario fue saludando con expresiones muy variadas: –Qué tal, mi diputado–, cómo te va, cabrón–, general, cuánto gusto de verlo. Había unas tres personas a las que no conocía, pero muy

pronto iba a saber quienes eran. Don Leonardo debía de llegar en poco más, y la espera se iba llenando con cuentos pornográficos, vaticinios de un gran cambio hacia la derecha en el gabinete, o de la inminente caída de un cacique local, o descripciones de la nueva, una muy buena que había llegado al burdel habitual con grandes novedades técnicas en su repertorio.

La conversación decayó, porque tardaba don Leonardo.

Mario interrogó a Ciro por lo bajo:

—¿Quiénes son esos?

Ciro explicó que los más viejos querían sendas concesiones forestales, muy importantes. El cadavérico tenía interés en algo que no sabía muy bien, de pesca.

—¿Cuál me vas a dejar?

—Bueno, según lo que diga Argüelles.

—Claro, sí.

—A ver si el de la pesca.

Eran las once y media. Todos languidecían. E intempestivamente, había llegado don Leonardo, exageradamente pulcro, con su clavel inevitable en la solapa y el escaso cabello alisado a la perfección. No le gustaban las grandes cortesías: saludó familiarmente, le contestaron a coro: se sentó; hubo un rumor de sillas; todos imperceptiblemente corrigieron sus actitudes y adoptaron otras más tensas, casi como cuando entra al salón un maestro pavoroso, pero superficialmente amable.

Un mozo recogió, a toda prisa, las cervezas, aun las que estaban llenas, porque desde este instante se bebería solamente coñac. Empezaba esa larga, democrática tertulia tan conocida por los habitantes del puerto, algunos de los cuales se detenían un segundo para saludar a don Leonardo, con la esperanza de parecer después más importantes, aunque era bien sabido que él dedicaba a todos, conocidos o no, la misma familiaridad con palmaditas, la famosa, la fotografiadísima sonrisa y el mismo largo apretón de manos.

—Permítame que pague la primera—, solicitó Ciro con respeto.

Mario no supo si alegrarse. Sólo tenía en la bolsa el billete sacado del ropero, cincuenta pesos nada más. Si cada quien pagara una tanda, él no sabría qué hacer cuando llegara el turno de la suya. Había quedado cerca de la cabecera, dema-

siado cerca para dejar pasar disimuladamente la ocasión de invitar. Y alguien sin un centavo perdía todo respeto, quién va a confiarle asuntos de muchos miles a uno que ni siquiera puede pagar la tanda de coñaques.

—No, no. El permiso de pagar le fue negado a Ciro. Que traigan el cubilete.

Mario respiró un poco: preferible el azar. Quiso valuar al cadavérico: no podía dar idea. Tal vez, seguramente casi, era otro intermediario entre el que verdaderamente hacía el negocio y el casi omnipotente poder de don Leonardo, que había de conceder, o no, la gracia solicitada.

“Si fuera cosa de cien mil”, pensó Mario, “son diez mil para Ciro, mil o dos mil para mí.” Las concesiones forestales eran mejores; hacía dos meses había caído una de casi dos millones, pero le había tocado a Sáenz. “Argüelles lo prefiere, le va a dar lo de la pesca.” La cadena era ésa: los hombres como Sáenz, o como Mario, prometían manejar todo; Ciro tomaba el asunto entre las manos para, secretamente, dejar que don Leonardo resolviera, y obtuviera en un rato de charla o en dos llamadas telefónicas la promesa verbal de que aquello se haría. Ciro, sin mencionar jamás a don Leonardo, recogería las firmas; los nuevos, como Sáenz o como Mario, hacían los trámites menores, las vueltas de una oficina a otra, nunca muy largas ni muy difíciles porque todos sabían el nombre que respaldaba aquello.

Humedecido de sudor, el cubilete iba pasando de mano en mano, sonaban las piezas de hueso dentro del cuero, rodaban en la mesa y cada quien decía en voz alta su puntuación:

—Dos pares.

—Tercia.

—Pachuca.

Mario notó que iban perdiendo todos: la cosa iba a quedar entre Argüelles y él. Por un instante se le alteró el pulso, tuvo una repentina resequedad en la garganta. Recibió el cubilete, lo sacudió y tiró, sin pensarlo siquiera. Le salieron dos reyes. Recogió tres dados. Sacudió. Estaba haciendo una difícil maniobra mental que consistía en pensar en otra cosa, en algo indefinido, y en la parte más oscura y profunda de la mente ordenar a los dados que le dieran el otro rey. Se lo dieron.

—Tercia—, dijo con naturalidad, y se tomó la copa de un trago. A ver qué tanto hacía Argüelles.

Sonó de nuevo el cubilete en las manos del otro, rodaron los dados.

–Hijos de la gran puta–, comentó Argüelles con manse-dumbre. Era pachuca. Sacó el dinero de la bolsa y lo tendió al mesero: –Las otras, iguales. Pues los pedidos se pagaban al ordenarlos, según el código de la mesa.

Comentaban ahora, cautamente, que iba a jugar Argüelles para diputado federal. Con lo cual, la intimidad más próxima a don Leonardo quedaría disponible para otro, Ciro seguramente, y habría entre todos un arbitrario movimiento de escalafón, que iba a de pender de regalos, o simpatías, o complicidades de burdel, o de cantina, o repertorio de chistes, o seriedad, o esplendidez... tantos misterios y minucias de afinidades y preferencias en el trato personal.

Mario sintió, por largo rato, que él era el amo de sus dados. Con una zona oscura de su mente les daba órdenes, pero fingía no darlas y pensaba obstinadamente algo distinto mientras allá, en algún sitio en que las cosas no se formulan en palabras, él ordenaba: “un par de cincos”, “un rey”, “un as”. Luego, de golpe, algo falló. La docilidad de los dados se había encontrado con otro amo más fuerte en algún punto de la mesa.

–Pachuca–, dijo Mario. Conservó un dado, un as. Tiró de nuevo: un par.

Le iban faltando fuerzas, lo sabía. Un trago más y perdería al fin. (Habían perdido casi todos, habían pagado casi todos, hasta don Leonardo.) “Pedir prestado.” Las dos palabras subieron flotando, como maderos que se desprenden de un barco hundido. Se aferró a ellas con pánico, vio rostros: Sáenz, Ciro, Argüelles... los demás amigos... Soltó los dos maderos, volvió a nadar con fatiga. Y ese ventilador, que no bastaba...

Iba a correr la nueva tanda cuando vio el rostro ansioso, el gesto tímido: alguien, junto a aquella columna, le hacía señas discretas y angustiadas. “Héctor Cervera.” Un hombre de otro universo, alguien que fue compañero de oficina y amigo, entre los muchos que ya no veía más desde que había obtenido un puesto sindical y por allí había entrado en el mundo de la política. No demostró haberlo visto. (“Hay que disimular, nunca se sabe”, otra de las nebulosas leyes en el código intuitivo de la mesa.) Se levantó, como si fuera a orinar, y entró al

edificio; ahí, fuera de perspectiva para los otros, hizo señas a Héctor. Se abrazaron, se alejaron hacia un rincón.

A Héctor le habían pasado veinte desgracias: se le había muerto un hijo, había hipotecado su casita a medio construir. Y ahora la madre estaba muy enferma, en Baja California, ¿y con qué dinero iba a cruzar la enormidad del país, para llegar a tiempo?

Mario escuchó con emoción (un tanto distraída) las desgracias del amigo. Todo aquello conducía a un préstamo. Sí, lo habría ayudado de haber estado en otras circunstancias. Pero ahora importaba más esa inmediata tanda de coñaques (¿y cómo carajos iba a pagarla?) y no podía sentir realmente todo lo que aquel pobre le contaba.

–La polio. Pobrecito. Era tu hijo más... Buscó la palabra. (El día anterior, don Leonardo le había contado un chiste a él, especialmente a él, a Mario, y eso quería decir...) –... más listo. Pobrecito.

No supo continuar. Apretó el brazo de Héctor. Y la mamá, tan grave del corazón, ¿con qué se le complicó? No entendía bien si los pulmones eran del hijo o de la madre, o a quién pertenecían los riñones enfermos, o el hígado. Tanta viscera, y él ya estaba tardando demasiado, lejos de la mesa. Pobre Héctor, verdaderamente lo sentía. Tan impaciente estaba, no, tan condolido, que pensó darle en un gesto magnífico (se vio haciéndolo) su único billete de cincuenta pesos, que al fin tampoco a él le servía de nada. Y una extraordinaria cadena se desenredó en su mente, dando un chasquido, con todo el brillo de un relámpago. Se quedó viendo al otro, críticamente, catalogándolo: ojos húmedos y humildes, barba de dos días, ropa limpia y descuidada, decencia... La imagen misma de quien tiene tratos con la fatalidad.

–Héctor, fíjate bien. Estoy sin un centavo. Pero me vas a repetir todo esto en la mesa, tal y como me lo has contado.

El otro no entendía; procedió a explicarle velozmente.

Volvió a sentarse; ya iba acabando la jugada y se dio maña para no tomar parte. Ninguno había advertido la duración de su ausencia. Circulaban los dados otra vez cuando Héctor se aproximó. Fingió no verlo, y así fue como Ortega le dijo a Ciro, y Ciro a Mario que lo buscaban. Alzó la vista:

–¡Héctor!

¡Un viejo amigo! Salió del sitio, lo abrazó, tanto tiempo sin verlo. Ahora podía pensar en Héctor como en un ser humano,

sin el temor del cubilete, sin la impaciencia de estar lejos de la mesa. Los sentimientos le fluían con tal sinceridad que el mismo Héctor se olvidó de que se habían visto minutos antes. La escena volvió a correr, pero a la perfección. Ahora sí eran los dos viejos amigos. Casi sin darse cuenta, Mario alzaba la voz, subrayando las partes claves de la conversación, haciéndola vagamente inteligible para los espectadores.

-Tu hijo el más chico...

-Tu mamá...

-En Baja California. Tan lejos.

-Se va a quedar sola tu esposa, claro. ¿Y los otros niños?

Ahora sí. Los pulmones fueron los del niño; el corazón, de la madre; el hígado, de la esposa, que quedaría sola si Héctor pudiera hacer el viaje.

Había terminado el relato. Mario permaneció serio, concentrado, sufriendo junto a Héctor, pensando con mucha fuerza: "¿cómo voy a ayudarlo?" Echó mano a la bolsa, vio a los demás. Tomó lo que parecía la decisión súbita de un corazón abierto: habló.

-Quiero que conozcan a un viejo amigo mío, Héctor Cervera. Se le murió un hijo; tiene a la madre enferma en Baja California...

Casi se sorprendió al oírse la voz, enronquecida de emoción auténtica. Pudo explicar el caso con un patetismo discreto y eficaz. Remató con un gesto que por poco se pasa de impulsivo: tomó de pronto el sombrero de Sáenz y echó el billete único que traía, sin dejar ver demasiado de qué color era.

-No puedo ayudarte con más. Pero yo sé que los amigos...

-Hizo un gesto. -Todos sabemos lo que es tener a la madre



Emilio Carballido

enferma, o dejar a la esposa sola. Héctor es un trabajador, como todos nosotros...

Agregó unas cuantas líneas. Aunque todos sabían beber, a esas alturas ayudaba el coñac para bombear los sentimientos que invocaba Mario. Hizo circular el sombrero. Sáenz veía pasar su prenda de mano en mano, mientras iban llenándola de billetes. Cuando pasó por las suyas ("qué sudadas las tengo") echó cien pesos de mala gana, pensando que el sombrero era nuevo y se lo iban a ensuciar.

Don Leonardo arrojó un billete que Mario no pudo distinguir de cuánto era, pero que hizo tragar saliva al cadavérico, pues él seguía, imposible ser menos. Y estaban los otros solicitantes, que contribuyeron también. El sombrero iba a volver al punto de partida, y se imponía que don Leonardo dijera alguna frase. Lo hizo: vio a Héctor con esa simpatía que irradian los grandes hombres y dijo, serio, poniendo ojos de idealista:

–Sólo tenemos una madre en esta vida.

Todos pusieron caras emocionadas y Ciro murmuró:

–Sólo una.

El sombrero rebosaba billetes, y Héctor no sabía si sentirse como un payaso de feria o como un hombre muy afortunado. Mario lo abrazó, pero ya la vergüenza era excesiva; murmuró oscuramente su gratitud y huyó casi, al interior del edificio, con el sombrero entre las manos.

Mario volvió a sentarse. Un silencio emocionado flotaba sobre la mesa. Estaba hecho, y ahora sólo quedaba alcanzar a Héctor y repartir equitativamente lo ganado. De pronto, el corazón le dio un vuelco: ¿y si Héctor se fuera con todo? Empezaron a escurrirle goterones por la frente; era una suerte ese calor, porque también a otros, pero él sudaba frío. ¿Y si Héctor se fuera con todo? El cubilete sonó en las manos de don Leonardo. Iba a empezar la tanda y tendría que esperarla, íntegra, antes de ir a buscar a Héctor.

Sáenz no sabía cómo formularlo, pero era su único sombrero. Dijo al fin:

–Tu amigo... Tu amigo estaba tan emocionado... –Trató de sonar casual y divertido... –que se llevó mi sombrero.

Las carcajadas fueron tales que la gente se detuvo en la calle, para curiosear. A don Leonardo le escurrían lágrimas de risa. El cadavérico enrojeció. La emoción que habían tenido

que sostener se rompía al fin del mejor modo posible. Aullaban, golpeaban la mesa.

–¡Hermano qué bárbaro!-. Mario también se doblaba de la risa. –Voy a alcanzarlo.

–No, no tiene importancia, déjalo. Y el pobre Sáenz trataba de reírse igual que todos, pero sentía que de algún modo el tiro de cubilete había salido en contra suya.

Mario se apresuró, actuando levemente en farsa. Fingió buscar en la calle, preguntó a un mesero y entró hacia el sitio convenido, el mingitorio.

Ahí estaba Héctor esperándolo con el sombrero apretado entre los brazos, sin atreverse aún a valuar el fruto de la colecta. Lo contaron juntos, y a Héctor le dio un mareo, se apoyó en la pared y empezó a sollozar: nueve mil ochocientos cincuenta pesos.

–Hermano, hermano.

No atinaba. Al abrazar convulsivamente a Mario tiró el sombrero en un charco de orines. Lo levantó.

–Hermano.

Se sonó, empezaba a serenarse.

Mario se conmovió también, se le humedecieron los ojos, se sintió bueno, hábil, grande, generoso.

–Dame nada más cuatro mil. Héctor sollozó en seco.

No, no, no, hermano. La mitad, menos...

Mario le echó el dinero a la bolsa. Lo dejó llorando en el mingitorio.

La entrega del sombrero provocó nuevas carcajadas. Ciro le susurró a Mario en el oído que el asunto de pesca sería para él. Alguien hablaba de una vacante para un puesto pequeño: diputado local suplente (pero era un escalón, y hasta podría ser un buen escalón). Esa región oscura de la mente de Mario le prometió que sería suyo.

Tiró los dados: una tercia. Los recogió y supo que haría pókar. Agitó el cubilete, hizo sonar los dados como quien rueda una semilla en el vientre de un fruto maduro y en el tronido seco y hueco sintió que se agitaban montes y costas, campos agrícolas, peces, minas, ganado, la Patria entera de las lecciones de Civismo y Geografía. Tiró, para anunciar tranquilamente:

–Pókar. 🎲

*Tomado del libro de Emilio Carballido. La caja vacía. FCE. México, 1962.